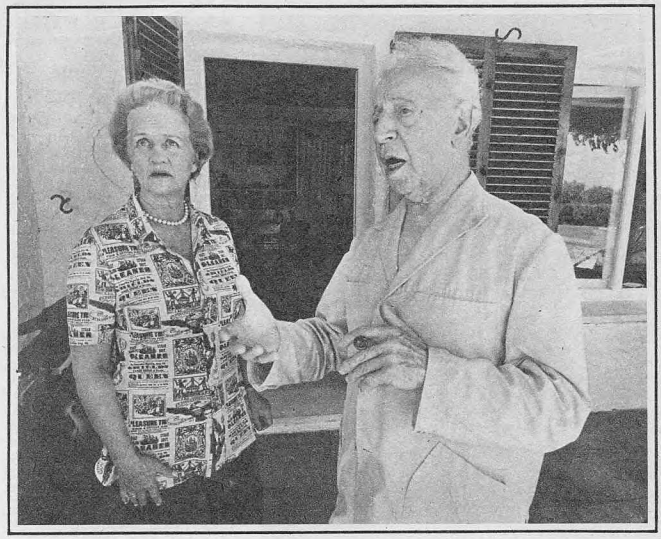

Frente al mar abierto, ¿qué lejano recuerdo exprime para Aniela?

ARTURO RUBINSTEIN,

HISTORIA GLORIOSA EN VIDA

- Sus grandes amores: la música, España. la vida misma. Singularidad sustancial: el espíritu, antes que la perfección aséptica
- Desde París y Nueva York, "dos encantadoras aldeas", a Marbella, oasis soñado para el reposo del guerrero del arte

Por Antonio FERNANDEZ-CID

TODAVIA en 1976 podían admirarse actuaciones directas de Arturo Rubinstein, conciertos y recitales memorables como suyos, en los que era el centro del entusiasmo general, invariable cualesquiera que fuesen los públicos, las latitudes. Llegó de pronto la noticia. El artista interrumpía su actividad. No fallaban, no, la memoria, la mente lúcidas para la expresión y el concepto firmes, ni las facultades técnicas, como siempre lleno el sonido, admirables las ejecuciones. Se trataba de un problema de pérdida visual paulatina, que ya en 1972 había obligado a cancelar en América dos semanas de actuaciones.

¿Sería de verdad el fin? ¿Habríamos asistido, sin saberlo, al adiós del genial intérprete? Una sensación doble, de encontrado carácter, nos poseyó entonces: de dolor ante la pérdida artística irreemplazable; de alegría por habernos liberado de la estampa triste, tantas veces repetida, del artista en grave declive que se empeña en desconocerlo. «Aspiro a morir de una manera rápida y bonita: como un hombre fuerte.» Lo había dicho mucho tiempo atrás. El trance artístico, de acuerdo con ese deseo, nos permitió sostener el recuerdo del joven eterno, del hombre fuerte. Podemos evocarlo firme el andar, rápido, camino del teclado, sólida la pulsación, poderosa la voz baritonal cuando anunciaba los regalos clamorosamente acogidos...

Ahora, semanas atrás, el recuerdo se agudiza por la celebración del cumpleaños. El nonagenario comenta graciosamente la lucha de fechas que sus biógrafos establecen y se muestra muy a gusto desde la atalaya envidiable de una edad a la que se llega con la serenidad que sólo puede alcanzarse con la práctica del lema personal: «Para ser feliz hay que vivir sin condiciones, sin continuos reproches a Dios y la Providencia».

La hospitalización parisiense, ya en febrero, por consecuencia de una fuerte gripe, se vence pronto. Las primeras noticias, que hacen sentir generales temores, dan paso a los informes optimistas. El músico vuelve a su paz de Marbella: Rubinstein, que considera la española como segunda patria, encuentra en el rincón malagueño el soñado oasis para el reposo del guerrero. El, con casas en París y Nueva York, «dos encantadoras aldeas», siente el embrujo de la naturaleza —el campo, el mar, el sol— sin renunciar, cuando lo desea, al cosmopolitismo de toda clase de encuentros, aunque, más cada vez, el mayor encanto resida en la charla con Aniela, su esposa.

Quienes sólo conocen a Rubinstein a través de su arte, aun con disfrutar algo de verdad excepcional, no pueden medir la extraordinaria calidad humana del artista, nacido en Lods, condicionado por los avatares de su patria polaca, un día ciudadano americano, siempre lujo del mundo musical y desde 1916 ligado con amor recíproco a España.

Antes, desde muy niño, el piano había sido su confidente, su vehículo, como para un marino su fragata, como dijo un día Listz. Nadie mejor que él para contarlo. El primer volumen de sus Memorias, «Mis años jóvenes», son, aparte una delicia, una fuente documental valiosísima, porque la memoria pasmosa del músico permite establecer todo tipo de matices y detalles en torno a las personas, las circunstancias, los ambientes.

España, en 1916. Pero antes ya la aprehensión de su espíritu en las evocaciones y los descriptivismos de las «Iberias», de Isaac Albéniz, la música puesta en sus manos por Paul Dukas. Le deslumbró desde el primer instante. Comenzó a tocarla para sí. «Me enamoré de ella como de una novia. La interpretaba para mí mismo, para mi regalo, sin perfecciones técnicas, pero con instintivo carácter. No me atrevía a tocarla en público. Menos al llegar a España. Un día me forzaron a ofrecer alguna de sus páginas delante de la viuda, de una hija del músico. Lo hice temeroso. Pero mi sorpresa,

La mesa de trabajo. La última chupada al cigarro. Diccionarios, cuartillas en blanco para recoger memorias fabulosas.

La hora del té, en el hogar de España, segunda patria.

mi emoción no tuvieron tasa cuando me aseguraron que así la tocaba Albéniz. Esto me dio coraje para brindarla en mis conciertos. Las reacciones eran delirantes. Y, sin embargo, en los últimos tiempos dejé de seleccionar estas maravillosas piezas. Por respeto. Al pensar en que hoy muchos pianistas tocan mecánicamente "horrores" y a mí se me "caían" tantas notas que precisaría un negro para recogerlas...»

Reproduzco partes de viejas conversaciones con el artista que tengo muy frescas en el recuerdo.

Imagino su castellano redondo, perfecto, despacioso, terso como el rostro, y hasta evoco la anécdota que un día me contó: en la época en la que no había recital en el que no se le reclamase para «bis», por una estentórea voz, el regalo de la «Navarra» fue invitado por un obsequioso matrimonio que después del exquisito yantar, y para sobresalto del artista, puso en oculto gramófono un disco: el suyo con el fragmento albeniziano. Sólo por educación contuvo la íntima rebeldía y dejó en tal la protesta. Escuchó en silencio. Y de pronto se sintió tan

Todo florece en torno al matrimonio Rubinstein, como para festejar la perennidad primaveral del nonagenario insigne.

captado por aquellos pentagramas que se sorprendió a sí mismo con la confesión, ya en alta voz: «¡Y, a pesar de todo, qué bella es!».

Condición característica: la entrega, el amor hacia la música elegida. Es un día la pregunta espontánea al crítico: «¿Vendrá al concierto? Adoro la sonata póstuma de Schubert». Otra vez, Beethoven, Chopin, Strawinsky... («Aún siento "Petrouchka" en los dedos. ¡Aún me duelen! Pero, ¡qué musica!»). Y Falla, «que parecía un santo de paisano». En general, toda música del sentimiento, ya que no cabe disociar una de otro... Quizá por ello se ve lejos de mucha música actual, que confiesa no entender. Y también por ello, por el amor que busca la expresión, «toco desde hace muchos años las mismas obras. Nunca me canso de ellas. Cada día es diferente». Rubinstein cultivó siempre la mejor creencia: la de pensar que cada pieza interpretada es en aquel momento única.

Y la exigencia de no abandonarse. Resulta curioso que el artista en plenitud, el triunfador absoluto, haya cortado en seco actuaciones para trabajar más y más la técnica. A ese respecto es decisivo el momento en el que contrae matrimonio: «No me convertí en un pianista de verdad hasta después de casarme. Hasta entonces fallaban trescientas notas, aunque podía estar "la cosa", el espíritu. Después tuve sentido de la responsabilidad ante mi mujer, ante mis hijos, en el deseo de que no pudiesen llamarme "chapucero" nunca».

Rubinstein, hipersensible, se contagia de sus oyentes al tiempo que los contagia: «A veces, entre los auditores se descubre una persona íntimamente compenetrada... y se toca para ese desconocido, mejor aún si se tiene la suerte de que se trata de una chica guapa».

Quizá todo ello sea causa especial de que el artista se recuerde, que la ausencia —«que apaga el fuego chico y enciende el grande»— no sea capaz de apagar admiraciones. Y no se trata sólo de esos paréntesis que, según el propio pianista, multiplican atractivos y alicientes, sino de muy largos períodos. Tal, sin duda, el de veinte años, de 1936 a 1956, que separaron visitas a España. Antes, muy constantes. Después, de golosa frecuencia. Volvió el 56 Rubinstein, decidor, alegre, simpático y ocurrente como siempre: «Los años vienen sin mi permiso». «Soy un hombre feliz, aunque vivo de avión a avión.» Pudimos conocerle mejor. Incluso en sus actitudes: amor al público, cierto cansancio ante la tiranía del autógrafo, recelo ante las ruedas de Prensa y generosidad para la individualizada entrevista periodística...

Rubinstein se nos desveló a través de sus propias opiniones: «Uno debe llevar al público hasta sí mismo y obligarle a que le siga. Un pintor jurará que su retrato es fiel. Lo mismo nosotros. Pero diez pianistas pueden tocar la "Apassionata" y ser diferentes todas ellas». «Fue un famoso torero quien me puso en la pista: cuando hacemos algo bueno, todo el mundo lo entiende.» Piensa el crítico, por su parte, que «si no lo entiende, puede hacérsele entender con la insistencia». Me explico. En 1916 tocó Rubinstein los «Valses nobles y sentimentales», de Ravel. La protesta de algunos, la indiferencia general, le irritaron. Cuando al concluir el programa solicitaron un regalo no dudó: los «Valses nobles y sentimentales», de Ravel. Y ya hubo quienes le felicitaron por su actitud.

(Divertido. A raíz del «suceso» madrileño le invitaron de Albacete para un recital con un cebo particularísimo: «Podrá tocar Ravel, si quiere».)

Entrevistas, diálogos posconcierto, reuniones sociales, un coloquio inolvidable en la Universidad Autónoma hace muy pocos años, en el que sostuvo la voz protagonista sin huir una sola de las muchas preguntas de todo tipo lanzadas al aire por los estudiantes...

Conversador infatigable, también le recuerdo en su concierto último en San Sebastián. Me encontraba allí para una conferencia pronunciada sólo unas horas antes y aplacé el regreso. El recital fue una maravilla. El copioso programa se incrementó con generosidad. Tuve el honor de compartir el agasajo gastronómico inmediato. A la una y media de la madrugada, Rubinstein se lamentaba: «¡Qué pena! Siempre pasa lo mismo. Al final, son los otros quienes tienen prisa. No yo».

Habló aquella noche, como tantas, de España. De que si su presentación en Berlín a los once años había sido efemérides importante, el encuentro con nuestro país, en 1916, resultó decisivo: su recital del madrileño teatro Lara, presidido por la Reina Victoria Eugenia —Su Majestad Alfonso XIII le entregó un retrato con expresiva dedicatoria: «Al mejor amigo de España»—, le abrió las puertas de América del Sur, ya que se hallaba presente el empresario Darosa, que había venido de aquel continente para contratar a la compañía de comedias y se llevó también al concertista. Desde entonces, docenas y docenas de conciertos en nuestro país, muchos de ellos benéficos, máximas condecoraciones y nombramientos que sumar a los de todo el orbe, permanente respuesta para su arte...

¿Cómo no alcanzarla? Nos queda —sucedáneo, sí, pero admirable, irreemplazable, valiosísimo sucedáneo— el consuelo del disco, a través del que reavivaremos siempre la impresión sobre un sonido único, por lleno, dulce, caliente, humanísimo y de una expresión en el fiel de la balanza: lejos del amaneramiento y la afectación, pero también de la asepsia. Porque al oír a Rubinstein se comprende bien su consejo a los maestros: que no fabriquen pianistas en serie. Consejo bien lógico en quien demostró siempre la más exultante personalidad en la recreación artística.

Es forzoso concluir. En cierta ocasión alguien le preguntó a Rubinstein qué iba a significar su nombre en la historia de la música. Su respuesta, humildísima, fue categórica: «Yo soy un pobre intérprete, nada más. A la historia sólo pertenecen los grandes genios: Bach, Beethoven, Mozart... Ellos crearon nuevos horizontes. Yo tengo talento, pero no genio».

No es del todo justo. Cuando un intérprete alcanza las cotas personalísimas de Arturo Rubinstein, cuando da vida nueva al mensaje de los «grandes» y es digno vehículo de su inspiración, el intérprete se hace artista y reclama puesto en la historia. El que ya en vida tiene ganado, con la suya de excepcional servicio a la causa de la música, el pianista que hoy ordena la continuación de sus Memorias en la dulce paz de Marbella.

A. F.-C.